

VALORES SOCIALES Y ACTIVIDAD FÍSICA: LA EVOLUCIÓN DE LA GIMNASIA AL DEPORTE EN LA MODERNIDAD INDUSTRIAL

SOCIAL VALUES AND PHYSICAL ACTIVITY: THE EVOLUTION FROM GYMNASTICS TO SPORT IN INDUSTRIAL MODERNITY

Álvaro Rodríguez Díaz
Universidad de Sevilla

Resumen:

Los valores sociales son un elemento esencial para el análisis histórico de la actividad física y el deporte. El cambio del sistema de valores que significó el paso de la sociedad estamental a la sociedad de clases facilitó la práctica física y deportiva en el marco de un nuevo significado del cuerpo y de la disciplina social. La sociedad tradicional tenía su referente principal en la religión y en sus principios seculares del movimiento del cuerpo como hecho sujeto a discusión moral. Con la nueva sociedad surgida con la Revolución Industrial se abre una nueva concepción del cuerpo como objeto educativo para su orientación laboral. Aparece primero la gimnasia como una herramienta para la instrucción colectiva en la nueva disciplina del movimiento reglado del cuerpo. Después, se imponen los deportes ingleses que se basan en la estrategia de equipo y en el juego según reglas. En ambos casos, gimnasia y deporte responden a un nuevo núcleo de valores en los que la competencia, la unión y la superación son los referentes dominantes. A su vez, tales valores están ligados al espíritu nacionalista emergente en el siglo XIX. Así, el nacimiento de los Estados-Nación en Europa va en paralelo con la economía industrial y con una nueva concepción corporal que evoluciona desde la gimnasia hasta el deporte. En este artículo se analiza el caso de la modernización de España, indicando ejemplos ilustrativos del cambio en los valores de la actividad física practicada en el tránsito del siglo XIX al XX.

Palabras clave:

Abstract:

Social values are an essential feature for the historic analysis of physical activity and sport. The change in the value system produced by the transit from an estate-based towards a class-based society encouraged the practice of physical exercise and sport within a frame of a new conception of the body and social discipline. Traditional society had its major pattern in religion and its age-old principles on body movement as a matter subject to moral discussion. With the new society arising from the Industrial Revolution a new concept of the body is created as an educational object for its labour aim. Firstly, gymnastics comes up as a tool for collective instruction in the new discipline of ruled movement of the body. Afterwards, it was English sports, based on team strategies and rule-based play that become established. In both cases, gymnastics and sport derive from a new core of values in which competition, joint effort and sense of surmounting are the dominant references. Such values are, likewise, connected to the nationalist spirit emerging in the 19th century. Thus, the birth of nation-states in Europe runs parallel to industrial economy and to a new body conception which evolves from gymnastics to sport. In this article we analyze the case of modernization of Spain, showing some illustrative examples of the change in the values concerned with physical activity carried out during the passage from the 19th to the 20th century.

Keywords:

1 Introducción

La sociedad tradicional se legitimaba a través del espacio social de la religión, favoreciendo así un sistema de valores ultramundano que servía de referencia adecuada para todos los ámbitos de la vida cultural: arquitectura, bellas artes, literatura... Los dogmas de fe eran a su vez dogmas sociales, en tanto que el poder absoluto, “por la gracia de Dios”, legitimaban el discurso de la ciudad de la razón, “discurso trinitario y absoluto” (Moya, 1977). La lenta evolución desde la sociedad estamental a la sociedad de clases supuso un cambio gradual en la identidad de los valores dominantes. Los principios de la modernidad abogaban por una sociedad definitivamente libre, donde el ser humano era testigo histórico del nacimiento de una nueva era que convocaba a todos a la participación en un progreso material ilimitado. El avance moderno se asentó sobre cambios estructurales: la sociedad sustituía a la comunidad para lo que se constituyeron los Estados-nación. La ciencia sustituía como referente a la religión, para lo que se establecieron los adecuados mecanismos educativos. La empresa sustituyó al taller artesano, por lo que se procuraron otras formas de organizar el trabajo. En esa doble mutación, de las mentalidades y de las estructuras, aparece una nueva concepción del cuerpo, cuyo movimiento ya no es susceptible de pecado, concepción que viene a legitimar esos cambios, que ayuda a desarrollarlos. Aparece el concepto de “cristiano musculoso”, utilizada por primera vez en 1857 (Barbero, 1993: 19). El concepto de *cristiano musculoso* compaginaba de un lado la capacidad moral con el esfuerzo físico, acepción que finalmente prevaleció. En realidad, el sustrato del cristiano musculoso está en la misma concepción del cuerpo como entidad de dolor, donde el sufrimiento es una señal de abnegación casi mística. La ética luterana preconizaba la *resistencia del cuerpo* como prueba moral, y ese mismo “autocastigo” acabó extendiéndose a la producción deportiva en la sociedad competitiva.

El valor es un sustantivo, una posibilidad estructural que se representa mediante objetos sociales. La apuesta investigadora es aprehender los valores. Para ello se debe separar los objetos reales, la representación de los valores, de los valores mismos. En este sentido, el *deporte* como “objeto real” está unido a unos *valores* a los que representa. Los valores necesitan representarse a través de objetos valiosos, de artificios que abanderan los ideales comunes. En ese sentido, el deporte es uno de los objetos más valiosos que ha encontrado la modernidad para su legitimación social. Con el deporte se descubrió la posibilidad de construir socialmente un objeto valioso, en tanto que su uso estaba abierto a la participación real de cualquier ciudadano. El principio de la igualdad y el principio de la meritocracia se consideró especialmente en el ámbito del deporte, ya que la mayor capacidad y habilidad física podrían ser atributos de sujetos que procedieran de clases menos favorecidas. Esa igualdad se organizó en un proceso lento, dentro de un sistema inicialmente muy cerrado, restringido a las élites ociosas, para extenderse décadas después a las clases medias y bajas. La gimnasia empezó siendo un entrenamiento militar, donde al ejercicio del cuerpo se unía el disciplinar de la tropa. Después se extendió la educación escolar. Entre los deportes también hubo un desplazamiento histórico en sus prácticas, desde las capas sociales privilegiadas a las menos privilegiadas. Por ejemplo, el *football* empezó siendo un juego de señoritos hasta popularizarse muchas décadas después. Sólo el sistema deportivo acabó facilitando la imagen de igualdad ante el mercado social de la competición, en la que cada individuo se presenta con sus propios recursos físicos, con su cuerpo, deportivamente, al margen de la adscripción social, económica o cultural. Esa *extensión*

de las prácticas es un elemento clave de la modernización, basada en la democracia parlamentaria y en la economía industrial asalariada.

La deportividad se consagró como un valor esencial del espíritu moderno. El comportamiento deportivo representaba un comportamiento ético: el juego limpio fue el lema eterno del deporte. Se trataba de encontrar una actividad física que suprimiese o redujese la violencia que siempre había conllevado el enfrentamiento corporal entre varones. El problema se mantiene en nuestros días, donde el intento por vulnerar las normas entre los jugadores aún persiste. Pero la deportividad, el *fair play*, era un símbolo de la confianza ante los demás, una suposición por la que los demás respetarían igualmente las reglas de juego, al igual que las reglas del mercado. Además, se partía de la idea de que cualquiera podía tener condiciones para ser un buen deportista. Esa era la virtud por la que se defendía el espíritu del deporte.

Sin embargo, el deporte no llegó a ser un objeto enteramente valioso, en el sentido de representar la igualdad social, ya que la práctica de un deporte determinado cabía identificarse con extracciones sociales determinadas. Por razones estatutarias y materiales no se ha producido una integración democrática de las prácticas sociales del deporte. Lo que ha existido es una separación de modalidades deportivas según clases. A su vez esta separación ha ido cambiando históricamente, procediéndose a una “invasión” y un “desplazamiento” de las prácticas. *Invasión* en tanto que las clases bajas han ido practicando deportes que tradicionalmente estaban asignados a los más privilegiados. *Desplazamiento* en tanto que, ante esta ocupación desde abajo, las clases privilegiadas han ocupado nuevas prácticas exclusivas con las que poder diferenciarse estatutariamente. En España, el perfil de los practicantes de natación sincronizada, por ejemplo, suele ser de clase alta, y no coincide con los practicantes de motociclismo, que se corresponden con un sector de menor estatus social. Pero a principios del siglo XX los motociclistas eran miembros de las clases altas.

Aún siendo el deporte uno de los objetos sociales más valiosos de la modernidad, no ha llegado a cumplir enteramente todas las condiciones de *valor de igualdad*, en tanto que a una sociedad dividida en clases le corresponden unos deportes también socialmente divididos. Cada deporte ha ido históricamente inscribiendo su propia escala de valores, que está asimismo inscrito en el orden social de sus practicantes. En el boxeo se valora el choque corporal como regla del juego, mientras que en el esquí hay ausencia de contacto físico entre competidores. Boxeadores y esquiadores son usualmente sujetos de contraria condición social y hasta étnica o racial, que se diferencian también por los contrarios modos de expresión corporal de su socialización, abierta y vulgar para unos o cerrada y elitista para otros. Hay que indicar que tales clasificaciones no podemos hacerlas correlativas con clases sociales concretas, pues depende de cada país o sociedad. El rugby en las islas británicas es un deporte muy propio de sectores universitarios, mientras que en Francia se prodiga más entre los trabajadores manuales. El golf en Estados Unidos es un deporte accesible a la clase media, al contrario que en España. La aportación de la *Teoría de la Civilización* de Elias y Dunning (1992) ofrece elementos para completar ese análisis de la *distancia corporal* según la *distancia social*. Los procesos de pacificación son paralelos a los procesos de implantación del deporte, y tales procesos fueron impuestos por las clases dominantes, que fueron las que aplicaron especialmente el criterio del *fair play* –el juego limpio– con más aparente intensidad.

Los valores elegidos dependen de las posiciones que se ocupan en la pirámide de las posesiones así como de otras posiciones: la cultural, la étnica, la raza o el género. Por ejemplo, el contexto social modificó la representación de los valores de género: Sheard y Dunning (1979) señalan que, a finales del XIX, el espacio reservado del rugby en Inglaterra empezó a ser un espacio exclusivo “sólo para hombres” con un discurso más machista y cerrado al coincidir con los primeros movimientos feministas en aquellos años. Los valores son un tipo dominante de interacción social que crea unas preferencias selectivas para reproducirse. Tales preferencias son jerárquicas y cambiantes, ordenadas e históricas. Son elementos de la cultura que se legitiman gracias a las normas. De ahí que en el análisis social de los valores del deporte haya que admitir cierto relativismo, en tanto que las preferencias a elegir son combinables y mutantes, lo que da lugar a distintos modelos de opciones más que a un único modelo. Para Robin Williams las diferencias entre los individuos son por las relaciones que se producen entre los valores elegidos. En la detección de tal complejidad está la difícil labor del estudio de los valores “que no pueden ser confinados a una sola disciplina o a un estrecho rango de métodos de investigación” (Williams, 1979: 19). El deporte adquirió una sustancial relevancia como modo de manifestación simbólica de los valores dominantes y, en ese sentido, estuvo vinculado a los mecanismos de reproducción de la sociedad.

2 La Ilustración contra el Romanticismo

Uno de los intereses de los reformistas del XIX fue cambiar aquellos valores que no contribuían al impulso de la economía industrial. Por ello, uno de los proyectos morales llevados a cabo fueron las campañas y normas que combatían la pereza y la inanidad de los trabajadores en su tiempo libre. En Francia en 1840, Villermé en su obra *État physique et moral des ouvriers*, señaló lo siguiente:

“Para el obrero, todo se convierte en ocasión de ir a la taberna... va ahí cuando está contento para divertirse, en fin, cuando tiene preocupaciones domésticas, para olvidarlas” (Villermé, citado por Dumazedier, 1971: 37).

El problema para la modernidad industrial era la holgazanería. En la España de la Ilustración, Melchor Gaspar de Jovellanos partía del escenario costumbrista de la inacción que observaba como viajero por el país, y la planteaba como una preocupación social que desencajaba con las maneras del liberalismo burgués emergente:

“¿Cómo es a que la mayor parte de los pueblos de España no se divierten en manera alguna? Cualquiera que haya corrido nuestras provincias habrá hecho muchas veces esta dolorosa observación. En los días más solemnes... reina en las calles y plazas una perezosa inanición, un triste silencio... Si algunas personas salen de sus casas, no parece sino que el tedio y la ociosidad las echan de ellas... sentados, o vagando acá y acullá, sin objeto ni propósito determinado, pasan tristemente las horas y las tardes enteras sin espaciarse ni divertirse” (Jovellanos, 1976: 73).

Alegatos como los de Paul Lafargue reivindicando el derecho a la pereza (“el trabajo es causa de toda deformación orgánica”, afirmaba) son casos aislados en la ensayística de la época, casos que responden a minoritarias reivindicaciones contrarias a la glorificación del trabajo, exaltación impuesta asimismo por el movimiento socialista. En 1830, Lafargue ensalza, contrariamente a Jovellanos, la cualidad moral de los pueblos de España que se resisten al sacrificio del trabajo infernal: “Para el español, en quien el animal primitivo no está todavía atrofiado, el trabajo es la peor de las servidumbres” (Lafargue: 1974: 119).

Una resistencia importante contra el trabajo disciplinado y, como consecuencia, contra el deporte disciplinado, la constituyó el movimiento romántico centroeuropeo cuya premisa, entre otras, era enfrentarse a la razón mecanicista que imponía el pensamiento industrial. El romanticismo fue asumido por cierta burguesía en tanto que fomentaba el necesario cultivo de las artes finas, necesarias para alimentar los gustos sociales. No obstante, las luces románticas se iluminaban con la melancolía y el espanto oscurantista. En su práctica simbólica se extendió como una añoranza, una nostalgia, una reminiscencia de la vieja tradición que se escapaba, donde las emociones naturales, el sentido antes que la razón, se perdían entre el orden de las fábricas ensordecedoras y el lenguaje de la ciencia, valores y prácticas positivas que defendían los ilustrados: “La filosofía positiva es la contradicción misma del romanticismo idealista” (Moya, 1977: 26). Para Isaiah Berlin las tres revoluciones más importantes de la era moderna fueron la revolución política francesa, la revolución industrial y la romántica. Entre 1760 y 1830, según Berlín, en Europa occidental se produjo un fenómeno representado por Victor Hugo, Goethe, Byron o Coleridge en el que:

“Los valores a los que les asignaban mayor importancia eran la integridad, la sinceridad, la propensión a sacrificar su vida propia por alguna iluminación interior, el empeño en un ideal por el que sería válido sacrificarlo todo, vivir y también morir. No estaban fundamentalmente interesados en el conocimiento, ni en el avance de las ciencias, ni en el poder político ni en la felicidad; no querían en absoluto ajustarse a la vida, encontrar algún lugar en la sociedad” (Berlin, 2000: 27-28).

El romántico se hacía con el valor del martirio, nada más lejos del valor del héroe, forjados a través de la figura del guerrero y del deportista vencedor. El romanticismo fue un movimiento antideportivo, que buscaba el dolor interior, introspectivo, espiritual, contrario al sentimiento de placer y de agonía que procede del cultivo del cuerpo y del esfuerzo muscular.

Obsérvese al respecto como las representaciones dominantes del martirio en ciertas culturas alejan a éstas de la actividad física. La presencia del mártir, que sacrifica su propio cuerpo, es un prototipo de la cristiandad antigua o del fundamentalista islámico actual, que se enfrenta a la presencia del héroe, que no entrega su vida, mito musculoso del valor en la actual cultura cristiana. El deporte occidental encuentra un buen acomodo en la actividad social en tanto que el deportista simboliza al triunfador, al “superhombre” que invocaba Nietzsche. Y en ese reto titánico lo que vale es salir con vida y no perderla o inmolarse. La cultura cristiana organizó los juegos deportivos para la reproducción de la *heroicidad*. Pero ha mantenido cierto proyecto de resistencia al

deporte, procedente del romanticismo que nació como un proyecto anti-Ilustración, en tanto que era contrario a los métodos de la física para hacerlos equivalentes al mundo de las ideas morales. Por ello, los románticos eran también contrarios al ejercicio físico como ejercicio impuesto por el higienismo industrial. El movimiento romántico se retiró a sus capillas distinguidas pues los valores de su causa perdieron la batalla contra el productivismo y la energía del desarrollo capitalista que acabaron imponiendo los Estados nacientes de Europa.

3 La actividad física como valor del nacionalismo

El deporte se integró como un elemento de la construcción de la identidad territorial, que desembocó en los nacionalismos, como instrumentos ideológicos de cohesión y de representación social de los Estados modernos. El valor del nacionalismo, como valor de la civilización europea exportado al resto del mundo, ha sido determinante en el impulso de la actividad deportiva como “actividad política”. Desde la antigüedad siempre existió el mito del héroe o de las huestes que luchaban por su territorio a capa y espada. Con la modernidad se consigue reconvertir a los deportistas vencedores en abanderados de los Estados que representan. El sistema de las federaciones internacionales se asienta sobre la competición entre Estados-nación, creando una contienda que parte de la igualdad entre sí. Eric Dunning destaca que los deportes aparecen fundamentalmente conectados a la formación del Estado-nación. El deporte inglés se consolidó gracias a la consolidación de Inglaterra como Estado. En algunas partes de Alemania se practicaban deportes *turnen*, que eran torneos de gimnasia, o en el norte de Italia se practicaba el *calcio*, una forma de fútbol con mucha violencia, pero tales actividades no se extendieron porque la unificación de los Estados alemán e italiano no se consiguió hasta mucho más tarde, ya entrado el siglo XIX. Aquellas prácticas, muchas de ellas similares al modelo británico, no se homologaron universalmente debido a la ausencia de un sistema estatal que las apoyara y difundiera dentro y fuera de sus fronteras (Dunning, 1990).

La rivalidad nacionalista se servía de las actividades físicas. La gimnasia sueca era antialemana, la gimnasia alemana era antifrancesa... Todas nacieron con una voluntad humanista y filantrópica, pero sus gestores acabaron convirtiéndolas en demostraciones de la unidad colectiva bajo la bandera de la patria respectiva, que en algunos casos se estaba definiendo. Con las competiciones internacionales bajo deportes homologados, especialmente a través de los Juegos Olímpicos, se fortaleció el sentimiento nacionalista mediante la unidad emocional que proporcionaba la búsqueda de la victoria de los jugadores compatriotas. La identidad con la tierra de nacimiento siempre fue una cláusula determinante en la propulsión del espíritu del equipo deportivo que la representaba. Los jugadores del equipo de un pueblo, de una ciudad o de una nación alimentan su competitividad en tanto que el significado de la victoria tiene un valor social que, más allá de la satisfacción personal y deportiva, se extiende a la esfera del orgullo comunitario.

La identidad social se construye comúnmente en relación a las diferencias, en relación a *los otros*, a los que se define con aquellos elementos con los que no se coincide. De esta manera se buscan los *valores positivos*, los que son exclusivamente *propios*, excluyendo del sentido colectivo a los valores ajenos, como valores negativos y contrarios. Las comunidades nacionalistas se contrastan entre sí, indicando todo aquello en lo que no coinciden, que sirve respectivamente para la definición de un *nosotros* que

es excluyente. La conquista de territorios es una iniciativa que surge inicialmente como una necesidad ante la escasez de los recursos propios, por lo que tales conquistas siempre se considerarán positivas para la comunidad. Ser conquistado es someterse a una escasez de los recursos propios. La confrontación deportiva se convierte en una disputa simbólica en la que los contendientes defienden su tierra y lugares, necesarios para la libertad de su supervivencia (Hargreaves, 2000). Y para lograrlo deben al menos ganar en campo propio y, a ser posible, ganar también en campo contrario.

Se suele señalar que los Estados autoritarios, especialmente el fascismo y el comunismo, fomentaron intensamente la práctica deportiva como práctica de control social al mismo tiempo que fórmula de cohesión alrededor de las enseñanzas de la patria. Esta consideración ha sido reiterada en el caso del franquismo, donde se suele afirmar la idea de que el fútbol actuaba como un factor de desmovilización social. No obstante, sería fácil establecer la hipótesis de que en la democracia española actual existe proporcionalmente mucho mayor consumo del espectáculo futbolístico que durante la dictadura franquista, sin desdeñar como aseguraba Shaw (1987) que el franquismo utilizara sin duda el fútbol para sus intereses. El historiador del deporte Richard Holt, en su análisis del periodo europeo de entreguerras, señala que tanto los regímenes liberales como los autoritarios propiciaron igualmente el uso del deporte para sus intereses nacionales. Esto también se demostró en los Estados comunistas a pesar de que denunciaron al deporte occidental por su carácter “burgués” e “imperialista”.

Los fascistas rechazaba la comercialización y la individualización a que estaba sometido el deporte en las democracias liberales, abogando por “preparar a la juventud en la nación para el sacrificio colectivo a través de la disciplina corporal” (Holt, 2002: 310). En el discurso fascista, de un modo manifiesto, se relacionaba claramente al deporte con la disciplina, repitiendo sus elementos fundacionales: juventud-educación-cuerpo-nación. El lenguaje deportivo del fascismo encontró su mejor representación en los espacios deportivos, en arquitecturas como la del estadio Olímpico de Berlín de 1936 o el Foro Mussolini de 1932. Pero queda suficiente demostración empírica para asegurar que el uso del deporte como valor político ha sido una constante en todo tipo de regímenes. De hecho, el fascismo y el comunismo imitaron los modos de manipulación del deporte de las democracias liberales, aunque dotándoles de una estética grandilocuente. Curiosamente, el deporte apareció siempre como un hecho “apolítico”. Esta consideración facilitó considerar al nacionalismo en el deporte como algo natural, casi obligado, ajeno a la política.

El deporte permite que dos naciones desiguales se enfrenten igualitariamente. Eso es una ventaja simbólica para las naciones más débiles, que tienen la oportunidad de conseguir la victoria mediante la simbología deportiva. Es el caso del hockey sobre hierba en India y Pakistán, el rugby en Nueva Zelanda o el críquet en Jamaica, países que han sido o son grandes potencias en esos deportes que fueron enseñados por los ingleses, deportes donde los nativos encontraron la representación posible para derrotar imaginariamente a sus colonizadores. En la actualidad un ejemplo singular es el caso de Cuba, cuya afición inusitada por el béisbol (llegó a ser campeona olímpica) se inició a raíz del bloqueo norteamericano de 1959. El país se preparó concienzudamente en ese deporte hasta convertirse en una de las potencias mundiales, sin que apenas haya competido con Estados Unidos. El nacionalismo deportivo se ha producido también para unir a dos naciones. En ese sentido, la unificación de Alemania en 1990 adquirió un significado social de adhesión, para los germanos de ambos lados, durante los

campeonatos mundiales de fútbol de 1990 donde se unificó un solo equipo que acabó conquistando el trofeo: la celebración de la victoria fue una demostración del reconocimiento *de facto* a la unificación. En definitiva, el deporte moderno se extendía al mismo tiempo que el Estado y el nacionalismo. En esa medida se convirtió tanto en un instrumento de poder como en una necesidad para la identidad colectiva.

4 La gimnasia y los valores de la instrucción

Cada época histórica estuvo representada por unos ejercicios físicos cuyas formas eran bélicas y socialmente diferentes: el guerrero espartano, el gladiador romano, el caballero medieval. Los romanos utilizaban la palabra *virtus* para referirse a la valentía, y tal virtud se aplicaba para derrotar al contrario. Rodríguez (1942) calificó los juegos medievales como “profanos”, “inmodestas carreras” y “hórridas griterías”, apelativos que la iglesia canónica de la época también utilizaba para alejar a sus fieles de la muestra del cuerpo en torneos indecorosos. Al margen de las cuestiones morales, en todas la épocas predeportivas se concitaban juegos que estaban reproduciendo las diferencias sociales entre la población. En España, durante los siglos XVI y XVII los reyes y nobles participaban en la caza, la equitación o en los juegos de cañas y sortijas. Los juegos corrían la suerte del enfrentamiento entre hombres nobles, educados para la guerra, donde el valor dominante era el valor físico, el coraje, el desafío. A los estamentos populares les quedaba la emoción de contemplar esas demostraciones de poder en las plazas de los pueblos y ciudades. Los siervos de la gleba y los campesinos practicaban sobre todo el juego de la pelota, cuyo ejercicio también se expresaba con violencia. No es hasta el final del siglo XVII, tras la adopción por el Renacimiento de los valores griegos clásicos, cuando se recupera la gimnasia como un valor de la educación, pero de una manera lenta y vaga, y con resistencias morales relacionadas con la concepción escolástica del cuerpo pudoroso. Pero más tarde, el desarrollo de la producción y el comercio obligaron a incorporar ciertas formas de disciplina social como la gimnasia, que encontró su lugar en el ámbito escolar, donde se aplicaba como una instrucción más de la incipiente sociedad industrial.

Por tanto, en el cambio social hacia la modernidad la educación física se relacionó con la ética industrial, y se erigió en un instrumento necesario para la socialización en la expansiva economía del mercado. La instrucción fue el argumento para uniformar disciplinas escolares aptas para el reclutamiento en las fábricas. Jean-Jacques Rousseau a finales del siglo XVIII y su discípulo Heinrich Pestalozzi a principio del XIX, fueron los pedagogos claves para impulsar los sistemas de educación física, como vehículos de adiestramiento para la práctica laboral. “La gimnasia elemental prepara la educación industrial”, llegó a afirmar Pestalozzi (citado por Burgener, 1973: 7). Para ambos pensadores la gimnasia era una parte de la ética, era en sí misma una ética. Rousseau, en su obra *Emilio*, destacó que “hablando de la educación de un niño, para estirar su alma debe endurecer sus músculos; acostumbrándose al trabajo, acostumbrándose al dolor” (Rousseau 1969, Vol. V: 457). La modernidad ilustrada hizo virtud del ejercicio físico al entenderlo como sacrificio del cuerpo para ejercerlo en algo productivo. La difusión de los ejercicios corporales encontró su caldo de cultivo en las culturas cristianas, especialmente entre las ramas protestantes. Así, la actividad física dejó de ser una acción inmoral y se apoyó en prescripciones de perfección, de demostración del esfuerzo personal ante Dios. Pero la permisividad religiosa sólo aconteció cuando el ejercicio físico se racionalizó y se evitó la violencia. Ese proceso fue un proceso de

civilización en valores, en los que la educación y la industria se constituyeron como nuevos referentes de la vida social.

En el siglo XIX, el modelo de ejercicio físico a través de la gimnasia adquirió tres versiones principales: sueca, alemana y francesa. La gimnasia sueca, fundada por Hjalmar Ling, trataba los movimientos humanos como si el cuerpo fuese una máquina, seccionándolos para ejercitar repetidamente zonas del cuerpo y músculos concretos. La variante alemana tenía como objeto mantener el cuerpo saludable y fortalecer el espíritu. A finales de XVIII, se fundó en Alemania el primer programa educativo de estudios primarios en los que se incluyeron ejercicios físicos. En último lugar, la gimnasia francesa constituyó los “batallones escolares”, práctica que fue trasladada a España por Amorós, militar de alta graduación, considerado el introductor de la gimnasia de sala en la península. En 1888 Manuel Bartolomé Cossío, director de la Institución Libre de Enseñanza, alababa las bondades de los batallones escolares:

“...el juego corporal, el ejercicio sano y la gimnasia, en su más amplio sentido deben hacerle [al niño] fuerte, sano, vigoroso, destruyen su feminización y timidez y desarrollan en él la energía necesaria para servir en todo, incluso cuando sea preciso a la defensa de la patria. Así se prepara obreros en la escuela primaria y así pueden preparar también soldados” (citado por López Serra, 1998: 146).

La educación física en España fue especialmente apoyada por la Institución Libre de Enseñanza, fundada en 1875 por Francisco Giner de los Ríos, donde se aplicaron las enseñanzas del krausismo, que no eran sino esfuerzos por consagrar el positivismo moral en la enseñanza. En ese ámbito la educación física, la gimnasia tal como la había escrito Pestalozzi (1986) “la educación completa del sistema nervioso”, desempeñó un esfuerzo impar en los *currícula* de la Institución, especialmente la gimnasia de aparatos: paralelos, trapecios, barras de suspensión, trepas, aros... Tales prácticas se consideraron un necesario complemento ilustrado de la buena educación, incluso una base para la habilidad laboral: “Cuando conviene adquirir una educación especial para determinadas profesiones o aptitudes, cabe plenamente el uso de la gimnasia de aparatos”¹. Herbert Spencer fue uno de los mentores del movimiento krausista. Desde su concepción evolucionista entendió la gimnasia como un elemento esencial para la transmisión adecuada de la genética. Uno de los postulados krausistas se basaba en la complementariedad del cuerpo como materia finita con el espíritu como pensamiento del sujeto. Según Krauss, inspirador de la Institución Libre de Enseñanza, la *res extensa* del cuerpo junto con la *res cogitans* del espíritu no son contrarias como afirmaba Descartes sino solidarias.

El impulso del higienismo que abogaba por paliar la miseria en las viviendas proletarias de las ciudades industriales estuvo en el origen del fomento de la gimnasia que defendían los miembros de la Institución Libre de Enseñanza. Tal higienismo formaba parte de cierta moral puritana, procedente del prusianismo centroeuropeo. La actividad física se anunciaba como una necesidad de regeneración de los escolares y de los jóvenes. Philippe Daryl, un ilustrado francés llega a hablar en 1889 de la gimnasia como “toilette interior”, haciéndose eco de los efectos higiénicos del ejercicio físico.

¹ Cita de Alejandro San Martín en 1889 en su obra “De los juegos corporales más convenientes en España” publicada en el *Boletín del Instituto Libre de Enseñanza* y referida por López Serra, 1998: 260.

Friederich Kraus, mentor de movimiento humanitario y liberal que llevó su apellido, definía el cuerpo como un “mediador orgánico” entre la naturaleza y el espíritu. En última instancia, la promoción de la gimnasia educativa se sostenía en los valores de la disciplina socialmente necesaria para procurar el orden industrial. En el Congreso de Londres en 1892, un conferenciante anónimo relataba lo siguiente:

“Las ventajas alcanzadas mediante el cuidado de la educación física en la escuela son una gran ayuda mecánica para la disciplina escolar, no tienen precio, en parte, por lo que atañe a las costumbres de rapidez, obediencia y atención a los mandatos y deseos del maestro que la dirige” (Citado por López Serra, 1998: 113).

La gimnasia, en sus sucesivas modalidades, llegó a difundirse entre las masas populares, saliendo de las salas militares y los centros escolares. La mecanoterapia nació en los cuarteles militares. Después, los primeros profesores de gimnasia en las escuelas aparecieron en 1911, en pleno reinado de Alfonso XIII. Eran maestros de escuela que aprendieron la gimnasia sueca como soldados durante el servicio militar. El general Primo de Rivera, en 1928, programó la gimnasia en las escuelas, desde una perspectiva que no era tanto física como educativa. Pero mucho antes, en Inglaterra, se habían establecido los *sports*, que eran recreaciones de juegos folklóricos que se difundían por toda Europa y por las colonias británicas.

5 El deporte y los valores de equipo

Durante el siglo XIX, el imperio británico logró imponer en casi todo el mundo su modelo del deporte moderno, bajo la idea de equipos que se enfrentan entre sí en un juego cuyo resultado final supone que hay ganadores y perdedores. Es el modelo de deporte vigente, que se universalizó durante el siglo XX. El francés barón de Coubertin era un anglófilo que organizó las primeras olimpiadas modernas mediante la difusión de la práctica de los deportes ingleses, más espectaculares y competitivos que aquella gimnasia individualista que reinaba en las salas y pabellones del continente europeo. Las prácticas del deporte moderno rápidamente se extendieron por Europa. En España llegaron de la mano de los ingenieros ingleses que se instalaron en los Altos Hornos vizcaínos y en las minas de Río Tinto en Huelva, donde se fundó el primer club de fútbol del país en 1889. Los capataces enseñaron a los obreros tanto las reglas del trabajo como las del deporte. Los clubes de fútbol, tanto en Inglaterra como en España, estaban compuestos por los trabajadores, cumpliendo una de las ideas del fordismo: controlar el tiempo libre de los obreros bajo criterios morales. Con la instauración del tiempo de ocio obrero, las clases trabajadoras crean sus clubes apoyados por la patronal en sus fábricas. El Sevilla FC fue fundado en 1905 al amparo y en el lugar de la fábrica de vidrios La Trinidad. Algunos de los escasos clubes españoles que aparecieron a finales del XIX, como Athletic de Bilbao (1898), tuvieron sus raíces en la afición de propietarios industriales que se extendieron a las prácticas de sus empleados. La ocupación inerte del tiempo libre fue sustituida por el tiempo controlado mediante el deporte. Además se aseguraba extender el énfasis en la competición, que desde el trabajo industrial se trasladó fuera del horario laboral a los campos de juego, donde las empresas seguían compitiendo de otra manera a través de los trabajadores-futbolistas. En esa evolución de la racionalidad, las clases trabajadoras, siguiendo la estela de las clases altas, asumieron las prácticas deportivas como ejercicios de *autodominio social*,

incluso las procuraron imitando a sus patronos en contra de otros modos vulgares de distracción tradicional

La ideología de control, dentro y fuera de las fábricas, participaba de unos valores semejantes a los que se ejercía dentro y fuera de la escuela. La vigilancia interior de los maestros sobre los alumnos en los pupitres se extendió igualmente a los patios, donde los profesores de educación física imponían reglas para ejercer movimientos prescritos para las distintas partes del cuerpo. En la instrucción militar se producía igualmente un resultado sincrónico de uniformidad mediante las tablas de ejercicios impuestas a la tropa. En cambio, con el deporte inglés se introdujo una disciplina que era colectiva, un trabajo en equipo *-team-* y la emoción de un juego con un desenlace. Se indicaron nuevas normas de control como fijar a cada jugador en una parte del campo, especializarle en tareas o subordinar sus movimientos a tácticas grupales. Esta división de funciones y jerarquías se asemejó a la que se produjo paralelamente con la división del trabajo en las organizaciones. Por tal motivo, la reglamentación tuvo más éxito en los países occidentales desarrollados, donde las reglas del deporte encajaban con las reglas sociales. En ese sentido, las normas de un mismo deporte pueden verse alteradas dependiendo de los valores dominantes de la cultura de sus practicantes: los polinesios aprendieron a jugar al fútbol por mediación de los militares ingleses pero aplicaron otras normas de juego: los partidos no tenían un tiempo limitado y no finalizaban hasta que los dos equipos alcanzaran un resultado igualado (Blanchard y Cheska, 1990). En esa comunidad subdesarrollada los valores de armonía e integración estaban por encima de los de enfrentamiento y competencia y esos valores estructurales se traspasaron al juego, modificando las reglas para ello. Pero la globalización de occidente ha quedado reflejada en las normas internacionales del deporte que impusieron el valor de la competitividad en el deporte, de la productividad en los resultados, de la iniciativa articulada en un equipo planificado, a lo que se le añadía la emoción lúdica, tanto para la producción de su práctica como para el consumo de su espectáculo, sentidos que no proporcionaba la gimnasia.

Conclusión

El paulatino cambio histórico hacia la modernidad supone un cambio lento en los valores dominantes, en los que el concepto del cuerpo es asimismo modificado evolutivamente. De objeto pecaminoso pasa a ser un objeto virtuoso. El cultivo de la actividad física dejó de ser moralmente reprochable –tal como se había sancionado en la era premoderna– para reconvertirse en casi una obligación social en los albores de la industrialización. La primera representación física de ese cambio fue la gimnasia. La segunda y última fue el deporte. La gimnasia fue la actividad física dominante en la segunda mitad del siglo XIX, mientras que los deportes se afianzan en la primera mitad del XX. La gimnasia se corresponde con la construcción de los Estados nacionales europeos, cuando se integra en los programas educativos obligatorios que fomentan el sentido de la patria. En España, a finales del siglo XIX, la gimnasia, en sus diferentes modalidades, expresaba ese primer sentido del movimiento corporal desde la ética de la instrucción uniforme. Primero en los cuarteles militares y después en los centros escolares, la gimnasia definía la necesidad de ejercitar anatómicamente los miembros del cuerpo de un modo coral y sincopado. Se trataba de un ejercicio disciplinario, donde la estimulación física de soldados y escolares estaba relacionada con la pauta de orden que suponía la obediencia de tales movimientos. La Ilustración fue el movimiento que impulsó tales prácticas, entendidas como antídoto contra una pereza

secular que no estimulaba la actividad física industrial y el movimiento comercial. La gimnasia ofreció una necesaria garantía para la adecuación del trabajo asalariado a la incipiente Revolución Industrial de los talleres.

Con la ampliación de la capacidad de las fábricas debido a la concentración de capitales y la producción en serie, el trabajo individual dio paso al trabajo en equipo, en el que cada operario realizaba funciones especializadas y entrelazadas. Algo similar supuso el paso de la gimnasia a los deportes, en tanto que se abandonó el movimiento individual y anatómico por el movimiento colectivo en equipo, con jugadores que desempeñaban funciones especializadas en las distintas posiciones del terreno de juego. Además, los clubes de deportes incluyeron el sentido de la competición, donde había *rankings* y se registraban récords, en paralelo a los balances contables de las empresas. El deporte adquiere su formalización fuera del Estado, en las compañías industriales donde los mismos trabajadores organizan su ocio jugando en equipo, en paralela competición a la desarrollada en la producción fabril. Así, dentro de la misma sociedad industrial y bajo el manto de una misma cultura moderna se han sucedido dos modos sucesivos de actividad física: la gimnasia y el deporte. A los valores de la unión y la superación de la gimnasia se le sumaron el azar lúdico y la competición por equipos, elementos propios del deporte.

Bibliografía

- BARBERO, J. I. (1993): "Introducción", en Brohm, J.; Bourdieu, P.; Dunning, E; Hargreaves, J.; Todd, T.; Young, K., *Materiales de sociología del deporte*. La Piqueta. Madrid.
- BERLIN, I. (2000): *Las raíces del romanticismo*. Taurus, Madrid.
- BLANCHARD, K.; CHESKA, A. (1986): *Antropología del deporte*. Barcelona, Bellaterra.
- BURGNER, L. (1973): *L'éducation corporelle selon Rousseau et Pestalozzi*. Librairie philosophique J. Vrin, Paris.
- DUMAZEDIER, J. (1971): "Realidades de ocio e ideologías", en Dumazedier *et al.* *Ocio y sociedad de clases*. Fontanella, Barcelona
- DUNNING, E. (1990): "Sociological reflections on sports violence and civilisation", en *International Review for the Sociology of Sport*, Volume 2, Número 1, pp. 65-81.
- ELIAS, N.; DUNNING, E. (1992). *Deporte y ocio en los procesos de civilización*. México: FCE.
- HARGREAVES, J. (2000): *Freedom for Catalonia? Catalan nationalism, spanish identity and the Barcelona Olympic Games*. Cambridge University Press, Cambridge.
- HOLT, R. (2002): "El deporte durante el periodo de entreguerras y las relaciones internacionales: algunas conclusiones", en González Aja, T. (ed.): *Sport y autoritarismos: la utilización del deporte en el comunismo y el fascismo*. Alianza Editorial, Madrid.
- JOVELLANOS, M. G. (1986): *Espectáculos y diversiones públicas*. Cátedra, Madrid.
- LAFARGUE, P. (1974): *El derecho a la pereza*. Fundamentos, Madrid.
- LÓPEZ SERRA, F. (1998): *Historia de la Educación Física de 1876 a 1898: la Institución Libre de Enseñanza*. Gymnos, Madrid.
- MOYA, C. (1977): *De la ciudad y de su razón*. Cupsa. Madrid.

- PESTALOZZI, J. R. (1986): *Cómo Gertrudis enseña a sus hijos; Cartas sobre la educación de los niños; Libros de educación elemental*. Porrúa, México.
- RODRÍGUEZ, J. (1942): *Historia de la Educación Física*. Comisión Nacional de Educación Física, Montevideo.
- ROUSSEAU, J. J. (1969): *Oeuvres complètes*. Gallimard, Paris.
- SHAW, D. (1987): *Fútbol y franquismo*. Alianza, Madrid.
- SHEARD, K.; DUNNING, E. (1979): “Rugby, ¿un reservado para hombres?”, en Lüschen, G.; Weis, *Sociología del deporte*. Miñón, Valladolid.
- WILLIAMS, R. (1979): “Change and stability in values and systems. A sociological perspective”, en Rockeach, M *Understanding human values, individual and societies*. The Free Press, Nueva York.